

¡He aquí el pueblo de la Libertad!
Encerrados entre las paredes, envueltos en la pesada atmósfera preñada de humo, de ácido carbónico, de gritos, de ruido, de blasfemia, de odio, pasan los hombres como sombras fatídicas.

Todos se estrujan para agarrarse a su migaja de sol y a su migaja de aire y a su migaja de esperanza.

Este es el pueblo mío. ¡Yo soy la Libertad!

..

Al margen de tu carta he escrito:

«Todos llegamos como tú, a las seis de la tarde; es preciso, como tú, conformarnos con mirarla de lejos, en una tarde *«que ha debido ser muy bella»*».

LUIS DOBLES SEGREDA.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

EDICIONES DE «LA LECTURA»

PASEO DE RECOLECTOS, 25. — MADRID

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRA PUBLICADAS

SANTA TERESA. — *Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA. — *Teatro*. Por don Américo Castro.
GARCILASO. — *Obras*. Por don Tomás Navarro.
CERVANTES. — *Don Quijote de la Mancha*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
QUEVEDO. — *Vida del Buscón*. Por don Américo Castro.
TORRES VILLARROEL. — *Vida*. Por don Federico de Onís.
DUQUE DE RIVAS. — *Romances*. Por don Cipriano Rivas Cherif. (2 vols.)
B9 JUAN DE AVILA. — *Epistolario espiritual*. Por don Vicente García de Diego.
ARCIPRESTE DE HITA. — *Libro de Buen Amor*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
GUILLÉN DE CASTRO. — *Las Mocedades del Cid*. Por don Victor Said Armesto.
MARQUES DE SANTILLANA. — *Canciones y decires*. Por don Vicente García de Diego.
FERNANDO DE ROJAS. — *La Celestina*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
VILLEGAS. — *Eróticas o amatorias*. Por don Narciso Alonso Cortés.
POEMA DE MIO CID. Por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por don Julio Cejador.
FERNANDO DE HERRERA. — *Poesías*. Por don Vicente García de Diego.
CERVANTES. — *Novelas ejemplares*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (2 vols.)
FR. LUIS DE LEÓN. — *De los nombres de Cristo*. Tomo I y II. Por don Federico de Onís.
GUEVARA. — *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*. Por don M. Martínez Burgos.
NIEREMBERG. — *Epistolario*. Por don Narciso Alonso Cortés.
QUEVEDO. — *Los Sueños*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
MORETO. — *Teatro*. Por don Narciso Alonso Cortés.
FRANCISCO DE ROJAS. — *Teatro*. Por don J. Ruiz Morcuende.
RUIZ DE ALARCON. — *Teatro*. Por don Alfonso Reyes.
LUIS VELEZ DE GUEVARA. — *El Diablo Cojuelo*. Por don Francisco Rodríguez Marín.

LA REACCION Y LOS SABIOS

El artículo que sigue ha sido escrito expresamente para ESPAÑA por el profesor G. F. Nicolai; no hemos de insistir sobre la personalidad de su autor, pues Nicolai no es un desconocido para nuestros lectores. Durante la guerra referimos su valiente y digna actitud, todo nobleza, frente a la vesanía patriótica que aprobaba cualquier crimen y violencia. Nicolai es un buen alemán, pero un europeo de corazón. No cesaron con la paz las persecuciones contra el hombre que durante la guerra hubo de expatriarse para huir del acoso de sus enemigos. Ya referimos cómo los profesores de la Universidad de Berlín declararon a Nicolai indigno de la cátedra. Con mejor sentido, y en homenaje a la justicia, el Ministro de Instrucción Pública de Prusia acaba de revocar tan absurda excomunión dictada por el fanatismo pangermanista.

Es verdad corriente que la ciencia es la única base sólida del progreso humano. Por eso asombra ver a sus representantes en falange cerrada al lado de la reacción.

Hay que reconocer que nunca, desde que los hombres hacen ciencia, se ha visto a las vanguardias de las luchas del espíritu tan entusiastas de la eficacia de la fuerza bruta. Jamás los investigadores de la verdad han apoyado con tan pocos escrúpulos, y con todos los medios de la mentira (es decir, con medios específicamente anticientíficos), la política de fuerza, de los «dominados», ya que ellos mismos son incapaces de una intervención activa.

No hay que tomar en serio el desdichado manifiesto de los noventa y tres profesores alemanes, pues cuando el Capitolio está amenazado gritan los asustados gansos. Apelando a la «psicosis guerrera», puede disculparse el quinquenio de antiespiritualidad de nuestros hombres de espíritu científico, que ponían un sentimiento de pretendido patriotismo sobre su deber jurado de ser investigadores y anunciadores de la verdad. El redoblar de los tambores espanta a las musas, y, sobre todo, al Apolo rey, el dios de la verdad, clara como el sol. Pero los profesores no podían callar, y, en vez de la verdad, que estaba prohibida, decían mentiras. El silencio hubiera sido humanamente comprensible.

Pero vinieron el armisticio y la paz. Ya no era peligro decir la verdad; pero no se dijo en las Universidades, y el informe sobre la autopsia de Liebknecht pudo muy bien haberse escrito, del mismo modo, durante la guerra. Pudo comprobarse que las características que la guerra ha evidenciado en los profesores son esenciales en ellos. La guerra fué sólo la ocasión de que se manifestaran.

La ciencia puede acaso ser progresión; pero no cabe duda de que el científico no es partidario del progreso. Crea el científico las condiciones, basándose en las cuales avanzan otros

hombres de sanos y prácticos instintos; pero el progresar no es asunto suyo, pues conoce mejor los límites de su saber que el profano, que generaliza los principios a la ligera, y se decide difícilmente a trasmutarlos en realidad. Su espíritu escolarizado es ajeno al fanatismo del creyente que quiere llenar con esperanzas que él cree seguras las lagunas del saber. El científico puro y veraz encuentra en la práctica obstáculos difíciles de vencer, porque, según las implacables leyes de la lógica, todo lo que al futuro se refiere sólo puede ser en último término hipótesis. En circunstancias más simples, por ejemplo, en Astronomía, es la probabilidad casi seguridad, y aunque no pueda yo demostrar nunca que mañana saldrá el sol, como sucede desde hace cientos de miles de años, puedo, sin embargo, considerar como seguro este acontecimiento.

Pero especialmente allí donde la voluntad humana entra en juego, es tanta la complicación, y por esto lo futuro tan incierto, que el científico apenas se atreve a dar el salto de la obscuridad de la teoría a la completa tiniebla del futuro.

El científico conoce que todas las cosas tienen dos aspectos, y que la más hermosa, y al parecer más segura, esperanza puede en la realidad afearse. Por lo cual se mantiene escéptico frente a todas las novedades, y es por su naturaleza conservador. Y por consecuencia, no tiene el científico fe en sus convicciones.

La Historia cita muchos hombres que pusieron toda su personalidad al servicio de su convicción, incluso la propia vida; pero entre ellos no hay ni un científico. Sócrates, el filósofo, bebió consciente la cicuta; pero Arquímedes murió por una casualidad fútil. Y en aquellos casos en que hombres que representan un papel en la ciencia mueren por su convicción, como el italiano Giordano Bruno o el español Miguel Servet, nótese que salieron de un claustro, es decir, de